

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



PRECIOS.

En Madrid, un mes.....	8 rs.
Un mes.....	9
En provincias. { Trimestre....	27
Semestre....	52
Un año.....	100
Ultramar y extranjero.....	8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Estudios históricos: El último conde de Castilla. —Alejandro (poesía). —Hernando de Magallanes. —Serenata (poesía). —Historia natural: Variedades en la especie humana (continuación). —Epitafio para la tumba de una niña. —La Media naranja: novela original de la señorita doña Rogelia Leon (continuación). —Explicación del figurin.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

EL ÚLTIMO CONDE DE CASTILLA.

I.

La fortuna, esa deidad caprichosa é inconstante, que tan pronto concede á uno sus favores elevándole á una gran altura, como le desampara y arroja en brazos de la desesperación y la desgracia, empezaba á estender su protectora mano sobre las monarquías cristianas.

El poderoso califato de Córdoba se habia fraccionado en tantos reinos como caudillos se creyeron con

poder ó corazon bastante para levantar una bandera, y las luchas intestinas que trabajaron á los defensores de la Cruz, amenguadas en parte por los casamientos de las hijas del difunto conde de Castilla, D. Sancho el de los buenos fueros, con los monarcas de Leon y de Navarra, iban á terminar de una vez con el matrimonio del nuevo conde castellano D. García y doña Sancha, única hermana de D. Bermudo.

Este casamiento era, digámoslo así, el lazo que sujetaria mas la alianza de aquellas tres monarquías poderosas y florecientes gobernadas por príncipes emparentados entre sí en un mismo grado.

Unidos bajo un pensamiento, y luchando de consuno por una misma aspiración, mucho podian hacer aquellos tres Reyes en bien de la reconquista de la patria, en un tiempo en que los enemigos de Cristo se encontraban divididos y trabajados por sus cuestiones intestinas.

Pero estaba sin duda dispuesto por la Providencia que no sucederia así.

Estaba escrito que no habia de sonar tan pronto la hora de la caída de los sectarios del Corán.

El hombre dispone las cosas con su limitada y fa-

lible inteligencia, y el gran Artista de la creación, ese Ser inmenso que da la luz al sol, fuerza al viento, fulgor á las estrellas, aromas á las flores y trinos á las aves, las realiza de la manera que conviene á sus altos fines.

II.

Concertado como llevamos dicho el regio enlace por el cual iba Castilla á ser elevada al rango de monarquía, su joven conde salió de Burgos en los primeros días de mayo del año 1029, seguido de sus mejores caballeros, á fin de avistarse con el Rey Bermudo, que se hallaba á la sazón en Oviedo, y fijar definitivamente el día de la santa ceremonia.

Pero á fuer de apasionado y galante, decidió hacer el viaje por Leon y detenerse allí algunos días con objeto de saludar á su futura y á la Reina doña Teresa Jimena, su hermana.

Sancho el Grande de Navarra, su cuñado y protector, acompañábase para más honrarle, llevando consigo á sus dos hijos Fernando y García, al frente de una hueste aguerrida y numerosa, con la cual ganó de camino el castillo de Monzon enclavado en tierra de Campos, á dos leguas de Palencia, y algunos otros pueblos que pusiera en armas contra el castellano el revoltoso conde Fernando Gutierrez.

Las jornadas hacíanse pequeñas á causa de la dificultad de mover tanta gente, y el joven y fogoso prometido de Sancha, ardiendo en impaciencia por encontrarse á su lado, se adelantó, con unos cuantos caballeros, desde Sahagun, penetrando en Leon entre los aplausos de la muchedumbre y los plácemes de la nobleza, que le acompañó hasta el barrio del Rey, donde fue alojado.

Entre las personas notables que salieron á recibirle hallábanse los tres hijos del conde de Vela, á quienes en castigo de sus traiciones arrojó el difunto D. Sancho de sus Estados de Castilla, y los cuales, protegidos por el monarca de Leon, se encontraban en su corte ocupando altos puestos.

Estos malos caballeros, escondiendo en su pecho el odio que hacía el castellano sentían, acudieron solícitos á recibirle vendiéndose por amigos, cuando solo esperaban una ocasión de vengar en la persona del hijo las ofensas recibidas del padre.

D. García acogiólos con la franqueza y la buena fe de sus pocos años.

Hallábase en esa edad dichosa en que la doblez y la malicia no se han implantado aun en el alma, y no pensó siquiera que bajo la forzada sonrisa de aquellos rostros se ocultaba la mas negra perfidia, y que la traición anidaba en sus corazones corrompidos.

El alma del joven príncipe, abierta entonces solo á la alegría y al amor, miraba todos los objetos á través de un prisma de color de rosa, no viendo en torno suyo sino felicidad y dicha, sin comprender que el áspid venenoso se oculta siempre bajo las flores, y que, como dijo muy bien el inmortal Cervantes, los contentos de esta vida pasan como sombra y sueño, ó se marchitan como la flor del campo.

¡Pero bien pronto tocó, por su mal, las consecuencias de su excesiva confianza!

Disponíase el joven conde á abandonar á Leon y salir para Oviedo, cuando el martes 13 de mayo acudió á orar á la iglesia de San Juan Bautista, hoy de San Isidro, en compañía de su futura y de los caballeros de su séquito.

Entonces, en el mismo atrio del templo, tuvo lugar una escena incalificable.

Los Velas, seguidos de un buen golpe de gente, cayeron de improviso, acero en mano, sobre el joven infante y sus confiados servidores, y sin darles tiempo de ponerse en defensa hirieron de muerte al conde castellano, que cayó espirante á los pies de su futura.

Rodrigo Vela, el mayor de los hermanos, que había sido padrino de pila de D. García, fue el primero en hundir su homicida espada en el corazón de su ahijado.

La infanta, según dice la crónica, se abrazó angustiada en llanto al ensangrentado tronco de su prometido; y castellanos y leoneses, cuantos presenciaban el hecho, poniendo mano á las armas, acometieron á los agresores, resueltos á castigar tan cobarde alvosía.

Al ver esto los Velas, dejaron la ciudad, y apellando á la fuga, se refugiaron en el castillo de Monzon.

La nueva del desgraciado acontecimiento cundió con esa celeridad que cunden solo las malas noticias, llegando á oídos de D. Sancho de Navarra.

Entonces el guerrero monarca, ardiendo en cólera é indignacion, cayó con su numerosa hueste sobre la fortaleza donde los asesinos se refugiaron, y la puso apretado cerco, resuelto á no dejar allí piedra sobre piedra.

El sitio duró poco; las acometidas del navarro fueron tan rudas, que aportillando los muros tomó el castillo á escala franca, degollando á sus defensores, y haciendo quemar vivos á los asesinos de su cuñado.

Así terminaron los Velas sus vidas de crímenes y de traiciones.

¡Así murió el último conde de Castilla, en el primer año de su gobierno, en la primavera de la vida, y cuando su corazón lleno de amor y de ilusiones soñaba con un venturoso porvenir!

El condado de Castilla perdió su independencia, sostenida desde Fernan-Gonzalez á fuerza de inmensos sacrificios, quedando agregado desde entonces á la corona de Navarra; la alianza proyectada entre los monarcas cristianos se rompió con aquella muerte, y los leoneses y navarros se encontraron lanza contra lanza envueltos en intestinas luchas, en vez de marchar unidos contra el enemigo comun.

El cuerpo del desgraciado D. García se enterró en la misma iglesia de San Juan, en Leon, á cuya puerta le dieron muerte, y sobre su sepulcro se puso el siguiente epitafio: *H. R. Dominus Garcia, qui venit in Legionem ut acciperet regnum, et interfectus est à filiis Vele comitis.*

Algun tiempo despues fue trasladado al monasterio de Oña, donde se encontraban los sepulcros de sus ilustres progenitores.

JULIAN CASTELLANOS.

ALEJANDRO.

A mi querido amigo el eminente poeta Antonio Fernandez Grilo.

Aun su nombre resuena
entre el rumor de un pueblo que se agita,
del sacro Egipto en la abrasada arena;

aun siente el suelo la pesada planta
del gran conquistador á cuyo acento
la imágen de la gloria se levanta.
Aun terrible se estiende sobre el mundo
su formidable sombra;
aun su hercúleo cadáver
inquieto se revuelve en lo profundo
siempre que á Marte asolador se nombra.
Aun á los orbes su recuerdo aterra;
y rauda en pos del huracan violento,
al través de sepulcros y de altares,
por el ámbito inmenso de la tierra,
y por la ancha region del firmamento,
y por las bravas ondas de los mares,
cruza ronca su voz gritando «guerra!»

Aquel es, ¿no le veis? rudo y potente
alza en su diestra la sangrienta espada.
Erguida la cerviz, alta la frente,
por la llama del genio coronada.
Mas que del sol la antorcha refulgente,
por la sed de venganza enrojecida
la luz de su pupila centellea.
Contempladle; es un monstruo
que al olor de la sangre cobra vida
y que alienta gozoso en la pelea.
Rojo y manchado el fulgurante acero
lanza cárdeno brillo al horizonte.
Temen los mas valientes al guerrero
cuando le empuña audaz; y cuando mueve
su titánica planta, tiembla el monte,
y el tigre fiero ni á rugir se atreve.

No cuenta cuatro lustros, y ya el día
amanece vestido ante sus ojos
con rico manto de soñada gloria.
No cuenta cuatro lustros todavía,
y ya un pueblo levanta en sus despojos
el primer monumento á su memoria.
Un gran pueblo que yace destrozado,
con cuyos restos venerandos solo
fuera inmortal el Macedon osado;
que en sus mansiones tristes y desiertas
cantando sus hazañas peregrinas,
dan su nombre á los siglos
las eternas magníficas ruínas,
de la antigua ciudad de las cien puertas.

Vedle cruzar audaz entre las brumas
del apacible rio,
que le ciñó feliz con sus espumas.
Miradle frente á frente al gran Darío,
que su hueste marcial con vano alarde
á la orilla del Gránico despliega.
Avanza el Macedon y le destruye;
y le vence mas tarde
en la llanura que el Pinaro riega:
y de la Asiria en la ciudad famosa,
vencido el Persa y desolado huye
de la contraria enseña victoriosa;
y en cien luchas campales
siempre Alejandro su poder derriba;
y tras de fieros choques desiguales
cuyo recuerdo asombra,
miró la Persia altiva,
cubriendo de cadáveres la tierra,
su púrpura imperial servir de alfombra
á aquel genio sublime de la guerra.

Tambien su planta llega á las regiones
de Brahma y de Vishnú; llega, y violento
escúchase el tropel de sus bridones,
donde el alto Himalaya tiene asiento.
Tambien sucumbe al filo de su espada
Babilonia sagrada;
y doquier que sus tropas divisaron,
los pueblos le temieron
y el Grande le llamaron.
Y grande fue sin duda
aquel á cuyo imperio
la tierra toda prosternose muda.

Grande el que caminó de gloria en gloria
de uno al otro hemisferio;
grande, sí, que ante el libro de la historia
que sus hazañas asombrada cuenta
y escribe en letras de oro su bravura,
no es mas el mundo de la edad pasada
que un ancho pedestal en que se ostenta
del temible coloso la figura.

Alejandro, con mano prepotente
algun rayo divino
el Dios de las victorias dió á tu mente
con que impusieras leyes al destino.
Daniel, bebiendo inspiracion sagrada,

anunció á las naciones tu venida.
vinistes, y tu frente coronada
brilló en los aires de laurel ceñida.
Mas ¡ay! que el golpe de la Parca fiera
tuvieses que sufrir! ¡Por qué no hiciste
que á ti no se atreviera,
y el débil soplo que la vida inflama
con tu inmenso poder no conservaste
por que fuera inmortal como tu fama?
Entonces cuanto vive y cuanto piensa
rindiérate tributo y vasallaje;
de tus dominios la region inmensa
ya del orbe las lindes abarcara;
la humanidad entera proclamara
en unísono coro tu victoria;
y el sol, que en las regiones transparentes
su luz hermosa al universo envia,
orgulloso de ti con tanta gloria,
derramándose en mares refulgentes
solamente tu imperio alumbraria.
Tu mengua fue morir; pues si la tierra
mirase sus regiones todavía
sujetas á tus leyes,
no cupiera tu nombre en el espacio,
fueran esclavos para ti los Reyes
y tuvieras el mundo por Palacio.

RAFAEL SERRANO ALCÁZAR.

HERNANDO DE MAGALLANES.

¡Qué verdadero genio no habrá luchado en el
mundo con la falta de fe de los demas hombres y la
sonrisa de desprecio de los ignorantes?

¡Cuál el que habiendo concebido un plan gigante
no haya adquirido el nombre de visionario ó de loco!
Colon, con su nuevo mundo en la mente, es la ir-
rision de ignorantes cortesanos, que saben mejor
adular que descifrar una idea.

El pobre Copérnico muere dando gemidos de do-
lor al compás de las risas de los estúpidos hombres
que le creen demente, y que despues de muerto tie-
nen que confesar la grandeza de sus conocimientos
astronómicos.

Diógenes tiene que encerrarse en un pozo por no ver la ignorancia del mundo que le rodea.

Y es que para los grandes genios solo hay escollos, descreencia y vacilacion en los mejores amigos.

Bulle una idea en su cerebro, y teme esplayarla.

La encierra con teson por temor de que nadie la comprenda.

Sabe muy bien que el dia en que empiece á hablar de ella con entusiasmo, con esperanza, con ardor, se convertirá para el mundo en fiebre, en delirio, en monomanía ó locura.

Ver mas allá de su siglo, es una utopia que nunca perdonan los que apenas conocen aquel en que viven.

Las imaginaciones limitadas, que parece sujetan su pensamiento con una valla de acero, no pueden soportar que las grandes inteligencias se desborden para alcanzar lo que le está negado á la poca luz que ellos poseen.

No hay mas allá, dijeron á Newton en sus descubrimientos magnéticos acerca de la luz; y aun muchos de los que cursaban en su escuela se rieron mirando á su maestro con sarcástica duda, y pensando interiormente: "Este hombre concluirá loco, ó cegará sus pupilas mirando desde su observatorio si descubre las líneas isodinámicas, ó si puede adivinar los misterios incomprensibles del globo..." Y, sin embargo, Newton murió, y otros le sucedieron que vieron mas allá todavía.

Porque la ciencia siempre tiene abismos, que aunque parecen insondables, no lo son para aquellos dotados de una inmensa sabiduría.

Muerto Newton, se creyó muerta la física, y, sin embargo, empezaron á sucederle hombres como Melloni, Fresnel, Arago, Licili, Ampere, Faraday, y otros, que han caminado á puntos donde nunca creyeran los hombres llegar.

Pues bien: si la imaginacion del hombre es ilimitada, si la ciencia y la verdad son un soplo divino que Dios deposita en su mente para alcanzar á donde la Omnipotencia permite que llegue, porque adore y crea en su grandeza infinita, ¿por qué el ignorante se rie de lo que no está á su alcance?

¿Por qué pone en duda la grandeza de una idea sublime?

¿Por qué se divorcia siempre de lo elevado, y solo acata y cree lo vulgar?

Si todo lo comprendiéramos, ¿dónde se hallaria lo grande?

Nuestra vida seguiria un mismo curso, una costumbre invariable, lánguida, monótona, sin placeres ni animacion.

Haríamos lo que desde la creacion del mundo vienen haciendo los seres irracionales, sin que haya habido en ellos un adelanto siquiera.

El tigre, que en los primitivos tiempos buscó una caverna, hoy la tiene lo mismo, y sus costumbres y la de toda su familia feroz no han cambiado ni en un ápice.

El leon se encierra en su gruta, tal como en los primitivos tiempos, y la gacela anda errante, sin haber aprendido aun á libertarse del lobo.

El águila anida en las rocas donde las primeras águilas anidaron, y sus casas y sus nidos son los que por entonces les ofreció la naturaleza; pero el hombre, ¡oh! el hombre, formado á semejanza de su Dios y con un alma que ha de sobrevivirle siempre, necesitaba crear, y creó: necesitaba ciencias, y estudió las mas profundas: necesitaba correr el mundo donde Dios le habia lanzado, y viendo que no tenia alas, redujo á rayas y guarismos la redondez de la tierra, y la estampó en una tabla para recorrerla con la vista y con el pensamiento, y decir con fijeza:

"Ese mundo que mirais, que os parece interminable, que no se puede correr con la fantasia sin aterrorizarse, yo le he medido desde mi observatorio, yo le he recorrido todo con mi inteligencia, yo le he cruzado en el globo de mi mente, y palmo á palmo, con el compás de la idea, he visto que tres de sus partes de superficie están cubiertas de agua.

"Yo quiero lanzarme á esas aguas que rodean anchas tierras: yo quiero ver los archipiélagos lejanos y convencerme de todos los rincones que encierran las 7,200 leguas de circunferencia de ese globo que tanto asusta, de ese misterio que tanto aterra."

Así decia un apuesto portugués, apoyada su frente sobre las manos, mientras que sus codos descansaban en una modesta mesa donde habia muchos tratados de geografia y varios mapas, con colorido ó sin él, lisos ó con relieves.

Aquel hombre habia ido acumulando en su modesta habitacion todos los medios de ver el mundo encerrado en las cuatro paredes, desde donde pensaba lanzarse á los mares y descubrir la parte ignorada que él veia tan clara como la luz del sol, y que para otros era un sueño, un desvarío, que concluiría con una enajenacion mental.

Hacia dias que Magallanes huía de la sociedad, que solo era feliz mirando el horizonte lejano, y que suspiraba y se oprimia su corazon, como el de una inocente golondrina que quisiese volver á su hermosa España y fuese aprisionada por algun altivo moro.

¡Magallanes tambien habia sido encerrado en una jaula fatal!

Su Rey, su mismo Rey, aquel á quien él habia servido con el mas ciego amor, acababa de hacer en su pecho una de esas heridas morales donde sufre el espíritu sin un momento de calma.

El gran Magallanes se habia tenido que encerrar en un estrecho aposento para que nadie viese sus lágrimas y gemidos, que tambien los grandes hombres lloran.

¡Él, que tenia en su cerebro unas regiones tan bellas como desconocidas!... ¡Él, que iba á llevar á cabo un proyecto que asombrase al mundo!... ¡Él, que iba á ofrecer á su patria unas tierras vírgenes y hermosas, un mar estenso y brillante, era desechado con burla y menosprecio por una corte que se habia complacido en calumniar el genio privilegiado, y escarnecerle y abrumarle con sátiras degradantes!

Tan mal dispuesto estaba el ánimo del Rey don Manuel de Portugal, que al oír de la boca de Hernando el plan que con ardor esponia, le miró con desden insolente, y poco faltó para que le hiciese arrojar de Palacio. Hay quien asegura que apenas empezó á hablar Magallanes, se le hizo entender que debia callar, y fue mirado por su Rey con el mas insolente desprecio.

No de otro modo el pobre Colon habia sido tratado por algunos Reyes é ilustres personajes, hasta que encontró un alma grande y superior como la suya en Isabel I, que adivinó en la mirada de aquel hombre la ciencia y la verdad que encerraba.

Quien no haya sido herido por un desengaño terrible, quien no haya visto arrancar de su corazon

una esperanza que ha germinado en él años y años, no comprenderá acaso lo que sufrió Magallanes con el desden del monarca, y mas aun con las sonrisas de los cortesanos, que al mirarle pasar cabizbajo y sombrío por las galerías del Palacio, se miraban unos á otros con la impía vanagloria de la envidia contra el abatido genio.

Pero este decaimiento, esta tristeza que por algunos instantes domina á los grandes hombres, es cual la nube que se pone ante el sol para que despues nos deslumbre aun mas con su hermoso brillo.

La envidia de los cortesanos dió por entonces su carcajada de triunfo, y mas tarde se mordió los labios de ira, haciéndolos brotar sangre, cuando vieron á su vez al Rey de Portugal iracundo y terrible, el dia que la España celebraba la nueva joya que se unia á la diadema y corona que ostentaba en sus sienes el gran Emperador Carlos V, porque Magallanes, sin arredrarse por la terrible amargura que le hizo probar su Rey, salió para España á buscar proteccion en el noble y poderoso Carlos, que le recibió con el mayor afecto.

El alma ardiente del Rey de España, á la vez que de Portugal y el Nuevo Mundo, se dilató con la idea que le presentaba el portugués, y conociendo por lo que le decia que el suelo patrio de aquel hombre habia sido con él tan tirano como son casi todos los paises con sus mejores hijos, le colmó de honores y distinciones, y le juró una amistad de hermano.

Ademas le facilitó cuantos recursos pedia para su viaje, y, no satisfecho con esto, le hizo caballero de Santiago, y le prometió grandes cosas para el porvenir.

Las lágrimas querian brotar de los ojos de Hernando, y Carlos V tambien sentia que luchaban por asomar á los suyos, demostrando la magnanimidad de su alma.

Varias fueron las entrevistas del genio naval con el jóven y arrogante monarca, y en todas ellas encontró un padre mas bien que un Rey.

Sin embargo, el amor patrio hacia que mas de una vez volviese la vista hácia Portugal, diciendo con dolor:

«¡Oh patria mia! ¡Oh lares de mi niñez! ¡Cuando

vuelva cargado de oro y laureles, no encontraré una tumba en tu hermoso suelo, ni mis lágrimas de amor y entusiasmo caerán sobre tus lozanas flores!..."

Esta amargura acompañó al navegante y guerrero á la vez, y cuando se embarcó en el navío *Trinidad*, acompañado de una rica y vistosa armada, volvía su cabeza para mirar la tierra que iban dejando, y al descubrir multitud de pañuelos que los saludaban de lejos, el pecho de Hernando se conmovió como el de un niño, y reprimió estas quejas que querían brotar de sus labios:

"¡Ni un amigo de mi infancia! ¡ni una mujer de mi país!....."

Pero luego, alzando la frente con orgullo y poniéndose de pie en el punto mas cercano á las embarcaciones que le seguían, agitó una bandera española, diciendo:

"¡Hermanos míos! ¡valientes españoles! ¡Viva España!—¡Viva!" dijeron á su vez los tripulantes de los navíos *Victoria*, *Santiago*, *Concepcion* y *San Antonio*; y partiendo como flechas, entonaron patrióticos cantos, que Magallanes mezclaba en su alma con el recuerdo de su ingrato país y el deseo de ser en adelante hijo de la hermosa España.

El valiente lusitano, al ver ante sí los estensos mares que tantas veces había soñado con la mas grata esperanza, buscaba con avidez los de la parte del Sur, y todas las mañanas se le veía sobre cubierta haciendo señas al célebre Elcano, que iba á la cabeza del navío *Concepcion*, que queria decir: "¡Hermano mío, resignacion y esperanza! ¡Lejos, mas lejos están las tierras donde hallaremos descanso y ventura!..."

Pero como para luchar con tan grandes elementos y ver desaparecer los dias y los meses sin dar vista á la tierra deseada es necesario tener la fe de la revelacion que sentia en sí Hernando, ó estar poseidos é inoculados la idea y el ser, empezó la descontenta tripulacion á rebelarse contra su jefe y á conspirar contra su preciosa vida.

Hernando acalló en un principio estos rumores con dádivas y palabras: despues con discursos que respiraban entusiasmo y esperanza, y mas tarde tuvo que recurrir al lenguaje duro y severo del mando; pero como no era posible hacer de cada uno de aquellos marinos rudos é ignorantes un Magallanes, llegó

el dia en que estalló la tormenta, sublevándose contra el valiente portugués, á quienes todos deseaban robarle el mando y hundirle en su plan gigante.

Noches enteras pasaba mirando la luna y proyectando el medio de aquietar aquella temible gente sin verter sangre. No faltaba quien le denunciase las cabezas del motin, pero en todos hallaba una disculpa, en todos veía compañeros de desgracia y de fortuna, y con todos ellos queria llegar á los confines que buscaba.

Sin embargo, mas pronto que hubiera imaginado, tuvo que dar disposiciones terribles y arrancar con la vida de algunos sediciosos la tranquilidad de todos.

Aunque fue una precision tan grande la que le indujo á hacer morir á aquellos tenaces hombres, un presentimiento sombrío se posó desde aquel dia en su corazon, deplorando la miseria de la humanidad y las glorias y trofeos de los conquistadores, que siempre han de escribir con sangre humana todas las fechas de sus triunfos y sus victorias.

¡Tristes páginas del libro
que inmortalidad se llama!...
mas bien debieran decirse
memorias del mundo amargas.

Que hay para cada trofeo
mil familias desgraciadas,
y para cada laurel
cien hijos pierde la patria.

Que antes que la voz de gloria
la de la muerte se alza,
y el genio del esterminio
bate gozoso sus alas.

El dia que Magallanes descubrió el archipiélago filipino creyó morir de emocion, y pudo desechar sus tétricas ideas.

Mil *vivas* resonaron en la tripulacion, alegre y gozosa, á la rica España y á su joven Emperador Carlos V.

Las banderas y los pañuelos de la tripulacion tremolaron en los aires, y el arrogante marino escribió estas líneas en su libro de memorias: "¡Bendita sea España! ¡La madre de mi corazon, que ha permitido termine mi plan con gloria!..."

Entonces se arrodilló, y los demas le siguieron, entonando sentidas oraciones,

.....
¡Quién habia de creer que al poco tiempo de pisar

aquellas playas descubiertas por él, moriría con la traidora saeta de una de aquellas tribus salvajes, que aborrecía la enseña cristiana que hizo tremolar en cuantos pueblos corría!

Magallanes gozó bien poco tiempo de su gloria. Su arrojo é intrepidez y su deseo de hacer cristianas aquellas razas infieles, le llevaron al sepulcro.

En uno de aquellos cenagales sombríos cayó herido por la flecha cruel asestada á su pecho.

España lloró su muerte, y Portugal tuvo que cubrir de luto una hoja de su historia, deplorando la ingratitud con que había tratado á uno de sus mas privilegiados ingenios.

El y Luis de Camoens fueron hijos sin madre patria en el suelo lusitano. Pecado de todos los pueblos que nunca reconocen el mérito de los suyos.

ROGELIA LEON.

SERENATA.

Son tus ojos hechiceros,
dos luceros
que trastornan mi razon.
Y por ellos yo daria,
niña mia,
alma, vida y corazon.

Es tu sonrisa divina,
purpurina
como el cáliz de la flor.

Y ese acento que yo adoro,
un tesoro
de venturas y de amor.

Son tus dorados cabellos,
los destellos
de la aurora al despertar.
Y tus pálidas mejillas,
floreillas
que el amor hace brotar.

Si el pajarillo que canta,
me encanta
con su pintado color,
tú me tienes encantado,
dueño amado,
con tu acento seductor.

Cuando tu boca suspira,
mi lira
suspira, niña, tambien.
Y en mi loco desvarío,
ángel mio,
ven mis ojos un Eden.

Cuando tu labio de rosa,
niña hermosa,
viene mi frente á besar.
Cuando en alas de la brisa,
tu sonrisa
acaricia mi cantar:

Cuando veo en lontananza
la esperanza
coronada de zafir,
en mi loco desvarío,
ángel mio,
siento mi pecho latir.

Mas ¡ay triste! si mi dicha
en desdicha
truecas ¡ay! con tu rigor,
no tendrá galas el prado,
dueño amado,
ni la campiña verdor.

No tiene el alba colores,
ni las flores
grato perfume me dan.
ni hay pintados pajarillos,
ni tomillos,
ni cantueso, ni arrayan.

Cuando tu boca suspira,
mi lira
suspira, niña, también.

*Y en mi loco desvarío,
ángel mío,
ven mis ojos un Eden.*

CONSTANTINO GIL.

HISTORIA NATURAL.

VARIEDADES EN LA ESPECIE HUMANA.

(Continuación.)

CHINOS.

Los chinos se parecen mucho á los tártaros en el rostro y en las facciones, siendo muy probable que sea uno mismo su origen, no obstante la diferencia total del natural, costumbres y hábitos de estos dos pueblos. Los tártaros son fieros, belicosos, dados á la caza; aman las fatigas, la independencia; son duros y groseros hasta la brutalidad. Los chinos, por el contrario, son inclinados á la molicie, pacíficos, indolentes, supersticiosos, sumisos, dependientes hasta la esclavitud, ceremoniosos y cumplimenteros hasta la saciedad.

JAPONESES.

Los japoneses se parecen tanto á los chinos, que debe considerárseles como una misma raza de hombres. Son de un natural altivo, generosos, diestros, vigorosos y políticos. Hablan bien; son muy afectos á cumplimientos, pero á la vez muy inconstantes y vanos. Son muy laboriosos y hábiles en todas las artes y oficios. Se sirven, como los chinos, de unos bastones para comer, y durante sus comidas hacen muchas ceremonias, ó, por mejor decir, muchos gestos ridículos y extraños. Una costumbre particular tienen estas dos naciones: la de hacer por medio de fuertes ligaduras que las mujeres tengan los pies

tan estremadamente pequeños, que apenas pueden sostenerse en pie. Una mujer hermosa en la China, ó en el Japon, debe tener el pie tan pequeño, que pueda servirle el zapato de un niño de seis años. Pretenden algunos viajeros que los celos han hecho imaginar á los chinos este medio de evitar las citas amorosas de sus mujeres, porque no pudiendo casi todas apenas andar, tienen que estar en sus habitaciones. Aquí se verifica al pie de la letra el antiguo refrán español:

«La mujer, la pierna quebrada, y en casa.»

Hay un gusto decidido por las orejas grandes en todos los pueblos de Oriente; pero los unos las prolongan por la parte inferior, sin hacerles mas agujero que el necesario para poner los pendientes, mientras que en otros, como en el pais de los Laos, hacen el agujero tan grande, que casi les cabe el puño, dejando caer las orejas sobre la espalda; tan prodigiosa es su magnitud.

PUEBLOS DE LA INDIA.

Mas singulares y extrañas son aun las costumbres de los diferentes pueblos de la India. Los banianos no comen nada que haya vivido; temen matar el mas vil, el mas despreciable insecto, aun de aquellos que molestan el cuerpo del hombre, que le pican, le chupan su sangre. Arrojan maiz, habas y frutas en los rios para alimentar los peces, y trigo en las tierras para mantener las aves y los reptiles.

Cuando encuentran un cazador ó un pescador, le ruegan, le suplican, le instan que desista de su empresa; si se niega á ello, le ofrecen dinero por su escopeta y por sus redes, y si se obstina aun, remueven las aguas para espantar la pesca, ó corren haciendo gran ruido y dando voces para ahuyentar la caza, y muchas veces sostienen reyertas con los cazadores por este motivo. Los naires ó los nobles de Calicut no pueden tener mas de una mujer, pero las mujeres pueden tener cuantos maridos les agraden. Las hay que tienen hasta diez, á quienes miran como esclavos sometidos á su belleza. Esta libertad de tener muchos maridos es un privilegio de la nobleza que las mujeres de condicion no se descuidan en hacer valer; pero las mujeres del pueblo solo pueden tener

un marido: verdad que dulcifican el rigor de la ley abandonándose á los extranjeros sin temor de sus maridos, que no se atreven á oponerse. Otra extraña costumbre de este país es que las madres acostumbran á prostituir á sus hijas lo mas jóvenes que pueden. Hay entre los naires ciertas mujeres que tienen las piernas tan gruesas como el cuerpo de cualquier otro hombre. Esta deformidad no es efecto de ninguna enfermedad, proviene desde su nacimiento.

MOGOLES.

Los mogoles y los demas pueblos de la península indiana se parecen bastante á los europeos en la estatura y en las facciones, pero se diferencian mas ó menos en el color.

Los mogoles son de color de aceituna, aunque en lengua indiana *mogol* quiere decir *blanco*. Las mujeres son estremadamente curiosas y limpias; se bañan muchas veces al día; tienen las piernas y los muslos muy largos, el cuerpo muy pequeño, al contrario de las mujeres de Europa. En el reino de Decan se casan los habitantes desde niños, y cuando el marido tiene diez años y la mujer ocho, los padres los dejan habitar juntos, y los hay que tienen hijos en tan corta edad; pero las mujeres que tan prematuramente paren, dejan de hacerlo antes de los treinta años, á cuya edad se hallan tan ajadas como en la vejez mas decrepita. Entre las mujeres las hay que se dejan sajar la piel para pintar sobre ella flores de diversos colores, como cuando se aplican ventosas; esta operacion la hacen con jugo de varias plantas, y así hay algunas mujeres cuya piel parece una vistosa tela pintada con variedad de dibujos.

PERSAS.

La sangre del persa es naturalmente grosera. Esto se ve en los georgianos, que son el resto de los antiguos persas. Son feos, mal conformados, con una piel tosca y colorada. Al presente la raza se ha afinado y hermozeado mucho por la mezcla de la sangre georgiana y circasiana. Estas dos naciones son las mas privilegiadas en hermosura por la naturaleza. No

hay ningun hombre de calidad en Persia que no sea de raza georgiana ó circasiana. Como hace muchos años que se ha verificado la mezcla de estos pueblos las mujeres se han establecido tambien mucho en Persia, aunque no hasta el punto de ser comparables aun con las georgianas. Los hombres, por lo regular, altos, derechos y de buen color, vigorosos, de hermosa presencia, dotes que no han heredado de sus padres, pues sin la mezcla de que hemos hablado, los persas serian muy feos como descendientes de los tártaros, cuya deformidad y grosería hemos descrito.

Los persas aman las ciencias: son muy políticos inclinados al lujo, á la voluptuosidad, y son gastadores hasta con exceso.

ARABES.

Los árabes permanecen aun hoy la mayor parte en un estado de independecia que supone un desconocimiento total de las leyes. Viven como los tártaros, sin reglas, sin policía, sin civilización; casi sin sociedad. El hurto, el robo, las depredaciones, están autorizadas por sus jefes. Hacen gala de estos vicios no tienen ningun respeto á la virtud, y de todas las convenciones humanas no han admitido mas que las que son el producto del fanatismo y la superstición.

M.

EPITAFIO PARA LA TUMBA DE UNA NIÑA.

Del mundo la carrera peregrina

no pudiste seguir, niña preciosa,

y te doblaste como frágil rosa

que el rudo soplo de huracan inclina.

Alzando el vuelo á la region hermosa,

dejaste en la tierra aguda espina,

clavada de tus padres en el alma,

que lloran tristes su perdida calma.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

LA MEDIA NARANJA.

NOVELA ORIGINAL

de la

SEÑORITA DOÑA ROGELIA LEON.

(Continuacion) (1).

Dos lucientes madejas de finísimo pelo partían desde las sienes para enroscarse hácia el cerebro, donde una gran trenza hacia su descanso sobre la espalda, después de enrollarse en dos vueltas graciosas y naturales.

Venia jugando con una mata de yerba Luisa, que daba á sus blancas manos un aroma delicioso.

Apenas la vió Elena, que así se llamaba la joven que con ansiedad la esperaba, perdió todas sus maneras de sociedad y etiqueta, y fue á arrojarle en sus brazos, como lo hacia cuando corría y jugaba con ella en los sombríos salones del colegio.

Se estrecharon con efusion: se besaron hasta ponerse coloradas sus mejillas, y se miraron con la inocencia y amor de dos niñas.

IV.

La sorpresa.

¡Qué grato es hallar á una amiga de la niñez cuando algunos sinsabores han oscurecido los albores de la infancia!

¡Cuánto se ama siempre á la tierna niña que se escondía detras de las puertas para gritarnos al pasar con voz ahuecada y fingida: «¡El bu!...»

¡Qué bien parece á través de los años aquella fisonomía que vimos cubierta de cortos rizos, que se venían á los ojos y que separábamos con nuestras rosadas manecitas, para estampar nuestros labios, diciendo: «¿Estás enojada conmigo? Pues entonces se acabó: ya no *jugo*, ni volvemos á hacer comiditas juntas!»

¡Cómo vemos en la mujer la niña á quien vendábamos los ojos para hacer la gallina ciega, la que po-

níamos de San Miguel para guardar las ánimas, la que pedía lumbre en las cuatro esquinas, y la que corría tras nosotras jugando al esconder y á otros mil recreos infantiles!

¡Qué alegría tan expansiva! ¡Qué confianza tan ilimitada! ¡Qué corazones tan limpios de nubes! ¡Qué almas tan rosadas y tiernas!

Pasarán los años: las arrugas empequeñecerán nuestras facciones; las canas desfigurarán nuestro rostro; las nubes del dolor sombrearán nuestra frente; la sonrisa del desden dilatará nuestra boca, pero hallaremos un amigo de la niñez, y todo desaparecerá cuando empecemos á evocar recuerdos.

Entonces nuestras alegres carcajadas se mezclarán, y concluiremos por decir con amargura: «¡Qué tiempos aquellos!»

Pocos años se habían dejado de ver Julia y Elena, y, sin embargo, suspiraron al verse, y dijeron entre sí: «¡Oh quién estuviera como entonces!»

Permanecieron abrazadas ambas un rato á la entrada de la sala, como quien encuentra una joya que ha perdido y al hallarla la aprisiona entre los dedos, temiendo volverla á perder.

Después Elena, que era mas alta que Julia, la echó fraternalmente el brazo en el hombro, y así se adelantaron hácia doña Inocencia y el joven, que las miraban conmovidos; pero al llegar hasta ellos, Julia palideció extraordinariamente, sus ojos se nublaron, sus rodillas perdieron el equilibrio, y hubiera caído al suelo sin remedio, si su amiga no la hubiese sostenido, dando un grito de sorpresa y estrechándola contra su corazón.

—¡Dios mío! ¿qué es eso? ¡Mi sobrina! ¡Qué la sucede? ¡Qué la habeis hecho? ¡Agua! ¡Darla agua! ¡Se va á desmayar!

Y sin concierto, desalentada, confusa, salió doña Inocencia, llamando á las criadas, mientras que murmuraba por lo bajo: «¡Si no quiero visitas! ¡Si el mundo es enemigo mortal de la paz doméstica! ¡Si las gentes no sirven mas que para sacarnos de quicio!»

Con efecto; un desmayo en aquella casa, era mas que un drama en otras. Era un acontecimiento aterrador, horrible, horripilante.

Todo se puso en movimiento; se abrieron los ar-

(1) Véase el número anterior.

marios, se trastornaron las sillas, se sacaron estampas de santos milagrosos, se pusieron luces á las urnas, y se empezó á llorar con un desconsuelo que parecia el fin del mundo.

Hasta los gatos salieron huyendo de los dos cómodos cojines donde pasaban los dias enteros sin que hubiese una voz que les diese el temido *zapel!* sinónimo de estorbo, que tanta rabia da á la egoísta raza garduña.

Pero todo aquel atropello y confusion se calmó pronto, cuando vieron ir poco á poco volviendo á su color la joya mas bonita de aquella tranquila morada. Sin embargo, quedaron para muchos dias alrededor de sus ojos unas ojeras plumizas, que resaltaban en su blanco rostro como dos nubes al lado de la brillante y plateada luna.

La conversacion fue animada despues de este susto, principalmente por parte de Elena, que reia como una loquilla, recordando á su amiga travesuras graciosas de la niñez, y remedando perfectamente el tono y la faz avinagrada de la directora, cuando eran las niñas traviesas ó desobedientes.

Julia sonreia, pero parecia su voz balbuciente, sus maneras embargadas y tímidas, su mirada modesta y turbada, el antitesis del carácter de su amiga; sin embargo, esta turbacion era estraña; pues aunque recatada y corta de genio, no lo era tanto como ahora aparecia. Su metal de voz siempre sonoro, como la vibracion dulce de un arpa, ahora aparecia oscura y ronca; pero como en las niñas el encogimiento es una gracia mas, pues retrata el rubor y hace asomar á las mejillas una especie de raso color de rosa que encanta, casi estaba mas hechicera de este modo. Á los quince años no hay miedo de ponerse feas, ni aun haciendo muecas y visajes.

No sé lo que tienen las facciones y el cutis á esa edad, que nada lo desflora ni le hace aparecer repugnante.

¡Malditos treinta años,
funesta edad de amargos desengaños!

Y yo digo con Espronceda, que decia cada verdad como un puño, y se murió por no ver mas de lo que habia visto, pues la mitad le sobraba, y su otra mitad le sirvió de estorbo desde que por su perra desgracia vino al mundo:

¡Pérdida triste de los quince años,
do empiezan á matar los desengaños!

Acaso, acaso otros que vengan detras de nosotros tengan que llorar mas temprano todavia.

Espronceda marcó el dolor á los treinta, yo le pongo á los quince, y mañana acaso le marquen á los diez; pues segun ha dicho Selgas en sus inimitables y bellísimos artículos *Fa no hay niños*, esta es una verdad que aterra mas que conmueve; pero ¿qué quieren Vds.? los padres, con su libre educacion, se han empeñado en hacer hombres y mujercitas en miniatura de los rapaces que debieran envolverse aun para dormir en mantillas y darles sus miguitas con azúcar para acostarse, y no hay mas que tragarlos y ver los títeres de doña Rosita representados por angelitos de carne y hueso como nosotros.

(Se continuará.)

ESPLICACION DEL FIGURIN.

Primera figura. Falda de tafetan color lila con un pequeño volante en el bajo. Frac de piqué blanco, rodeada la orilla de los faldones de un bordado, que puede tambien sustituirse con un rizadito ó una pasamanería. Sombrero de tul adornado de flores. Sombrero brilla enteramente cubierta de marabuts.

Segunda figura. Vestido de *point-de-soie*: en el bajo de la falda lleva un volante de encaje, y mas alto entredoses formando rosas y hojas á lo largo y atravesadas. Cuerpo escotado cubierto con una pelarina de encaje. Manga estrecha guarnecida con entredos que sube hasta el codo. Sombrero de crin. El bavolet está cubierto de blonda: bridas verdes y plumas verdes colocadas en lo alto del ala. Este traje lleva una rotonda de gró negro.

Tercera figura. Traje para niña de seis á ocho años. Vestido de linon blanco. Ramilletes de espigas están bordados en lo alto del jareton. Cuerpo de escote cuadrado muy bajo, y camiseta suiza con plieguecitos y largas mangas. Faja encarnada con grandes caidas flotantes. En los hombros, lazos iguales. Sombrero redondo de paja, adornado de una larga pluma fija en un lazo encarnado: botinas rusas.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1864.—Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dubrull, calle del Pez, núm. 6, principal.



LA VIOLETA

Redaccion y Administracion
Ayuntamiento de Madrid

